

INTRODUCCIÓN

Lucia Linsalata, Diego Ferraris, Sylvia Marcos

Arquitecto desprofesionalizado, mexicano de origen suizo, maestro generoso de múltiples generaciones, profesor itinerante y caminante incansable, Jean Robert es un hombre que se ha imaginado siempre en diálogo con sus prójimos, y que tuvo siempre los pies enraizados en el suelo que pisaba. Ha sido descrito como un pensador sagaz que recorría caminos complejos con palabras sencillas, con capacidad enciclopédica y actitud humilde y vernácula. Se podría decir que su humildad ha obstaculizado de alguna manera su propia notoriedad, pero al mismo tiempo habría que afirmar que precisamente ese rasgo de su carácter ha permitido a su pensamiento la concreción, la elasticidad y la apertura que expresa. La humildad, en efecto, como sentimiento y consiguiente comportamiento caracterizado por la conciencia de los propios límites, y por el desprendimiento de toda forma de orgullo y seguridad excesivos de sí mismo, le ha permitido abrirse a una crítica radical de la modernidad industrial y capitalista, concebida como gesto ético fundado en una autocrítica de los propios comportamientos y posturas personales, en el seno de las colectividades con las que se vive y en el suelo concreto que se pisa. Es esta una crítica que podríamos describir como práctica “autocrítica crítica” de la subjetividad moderna capitalista que, queramos o no, encarnamos en nuestro actuar cotidiano.

La contribución intelectual de Robert es teórica porque es práctica. Con Enzo Melandri podríamos decir que sus reflexiones muestran cómo el pensamiento surge al alba de dificultades concretas. Robert, de hecho, ha explorado formas posibles de moverse

y de estar, personales y sociales; ha intentado soluciones y propuesto reflexiones para que la organización de la vida social pueda celebrar la dignidad de cada uno en el seno de las “carnalidades” próximas y biográficas con las que vive cada uno, en su hogar y fuera de él. Como escribe el amigo Humberto Beck, “sus ideas y sus actos [...] han encarnado, en varios planos y ámbitos, una potente voluntad de arraigo. En Jean Robert, las particulares raíces de esa voluntad de arraigo no son otras que los pies; y esa voluntad se expresa, ante todo, en el acto de caminar. Su obra como pensador, activista y “arquitecto desprofesionalizado”, se puede concebir desde ese punto de vista: como una serie de derivaciones del acto de caminar –practicarlo, pensarlo, describirlo, teorizarlo, y también creando las condiciones en las que más y más personas puedan ejercerlo–” (Humberto Beck, “Jean Robert: una poética del lugar”).

Este pensar profundamente encarnado permitió a Robert elaborar una crítica audaz y demoledora de los axiomas de la modernidad capitalista; una crítica que permea toda su vasta obra, repartida en varios libros, tales como *La traición de la opulencia* (1979), *Le temps qu'on nous vole. Contre la société chronophage* (1980), *Water is a commons* (1994), *La libertad de Habitar* (1999), *La puissance des pauvres* (2008), *La crisis: el despojo impune. Cómo evitar que el remedio sea peor que el mal* (2010), *L'età dei sistemi nel pensiero dell'ultimo Illich* (2019); y en un sinnúmero de escritos en cuatro lenguas (*español, inglés, alemán y francés*), publicados y traducidos en revistas y suplementos de varios países del mundo, como *Opciones*, *El gallo ilustrado*, *La voz de la tribu*, *Ixtus*, *Cospiratio*, *The International Journal of Illich Studies* y un largo etcétera.

Desde su intensa participación en los años setentas, en las actividades del Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), en Cuernavaca, México, al lado de su entrañable colega y amigo, Iván Illich, hasta las más recientes y continuas interlocuciones con los pueblos zapatistas, Jean Robert dedicó innumerables esfuerzos a desarticular los sentidos comunes dominantes del pensamiento moderno y develar, con un lenguaje siempre ameno, sencillo y “desprofesionalizado”, las múltiples formas que adquiere el proceso de progresiva

des-habilitación de las capacidades humanas y de las prácticas autónomas de los pueblos inscritos en el proyecto moderno. Para hacerlo, escribió y habló en varios idiomas; viajó por el mundo; recorrió múltiples caminos –todos los que su incansable y curioso caminar lo llevaron a explorar–; pero sobre todo se dejó enriquecer por las inagotables conversaciones que nunca dejó de cultivar con sus estudiantes, compañeros de lucha y amigas de toda la vida, así como por el diálogo cotidiano y fecundo con Sylvia Marcos, su compañera de vida. Diálogo hecho de recíproca estima y de silencios intelectuales, que custodiaban y celebraban la escucha atenta y el amor en la recíproca autonomía de los caminos y en el compromiso común.

En su andar, pleno, afectuoso, atrevido y diverso, su paso se mantuvo constantemente a lado de la gente común, al igual que su pensar radical, siempre atento a captar nuevos alientos de autonomía y posibles caminos de emancipación. Por eso mismo, entre el pensamiento de Jean Robert y los actos de su vida hubo siempre una profunda correspondencia. No sólo eligió el andar a pie y la bicicleta como una forma de estar en el mundo, como un acto de libertad y autonomía radical ante las formas de habitar el espacio, impuestas por el automóvil y la sociedad hiperindustrializada. También fabricó y promovió el uso de excusados secos y de espacios de autoconstrucción al lado de su estudiante y amigo, César Añorve. Luchó con el Frente Cívico pro Defensa del Casino de la Selva, contra la destrucción por las grandes cadenas comerciales, de este espacio tan amado por los y las cuernavaquenses. Acompañó las movilizaciones de los campesinos de Atenco contra el despojo de sus tierras en nombre del aeropuerto de Texcoco. Hizo suya la lucha zapatista y fue, junto con otras y otros intelectuales, un interlocutor constante del movimiento, invitado por ellos, ellas y elloas a participar y tomar la palabra en encuentros internacionales en territorios zapatistas, para compartir sueños, horizontes y principios anticapitalistas.

Pocos pensadores han logrado generar un pensamiento tan atrevido y encarnado como el que Jean Robert supo regalarnos con el ejemplo de sus actos, la agudeza de su pluma políglota y la infi-

nita generosidad con las que siempre supo darse. Su partida deja un vacío enorme en los corazones de quienes tuvimos la dicha de acompañar su paso y en todxs aquellxs que reconocimos en él un gran maestro de vida, pensamiento y lucha.

Este número de la revista *Bajo el Volcán*, nace del deseo de recordarlo, pero aún más de la convicción de que su obra es, tal como lo reconocieron los zapatistas al llamar con su nombre uno de los *cayucos* con el que realizaron su Travesía por la Vida (en su primer capítulo hacia Europa en el año 2021), una herramienta imprescindible para transitar por las turbulentas aguas del presente y enfrentar la crisis civilizatoria a la que la hidra capitalista nos ha conducido.

El número, al igual que los otros de la revista, se compone de cuatro secciones, todas ellas de algún modo dedicadas a Jean Robert. La primera, el dossier temático “Jean Robert, la radicalidad crítica de un pensador de a pie”, está integrado por 5 artículos dirigidos a pensar aspectos claves de la obra del autor.

En el primer artículo, “Pensar con los pies”, Javier Sicilia, amigo íntimo y lector agudo de Jean Robert, nos regala a través de la fuerza vibrátil del recuerdo, una imagen de la deslumbrante personalidad del autor y de la potencia de su pensar encarnado. El pensar de un hombre que eligió trasladarse por el mundo con sus pies, evitando en la medida de lo posible las prótesis de goma que la civilización industrial ha impuesto a la mayoría, a través del uso del automóvil; un hombre que defendió con el cuerpo su terruño y el de otros pueblos; que eligió andar con la fuerza de sus piernas para cultivar la capacidad de sorprenderse y construir, desde allí, la experiencia profunda de su libertad.

Al recordarnos quien era Jean Robert, Javier Sicilia alumbra también, desde su sensibilidad cristiana, uno de los ejes vertebrales de la obra del autor: la crítica a la forma en que la desmesura de la civilización moderna, de su economía y su tecnología, ha roto radicalmente con la proporcionalidad del mundo, “sometiendo todo y a todos a una uniformidad espacial, destruyendo los símbolos y los ámbitos de las diversas culturas que siempre llamó vernáculos, vaciando de sentido sus matrices y haciendo a los hombres depen-

dientes de instituciones que proporcionan servicios de todo tipo”. Sicilia hace este ejercicio recuperando el recorrido reflexivo que Jean dio por la basílica gótica de Saint-Denis de Paris, recorrido que el autor expuso en dos artículos publicados en los números 34 y 35 de la revista *Ixtus*: “Del aquí, del allá y de un *poodle*” y “Nuevas preguntas sobre arte y arquitectura”.

En el texto “Legó el tiempo de Jean”, Gustavo Esteva nos acerca a la polifacética personalidad de Jean Robert, invitándonos a resistir a toda –necesariamente limitada– clasificación disciplinaria y temática de su obra, y a explorar la potencia de su pensar desde una mirada tan abierta como la del autor; una mirada capaz de leer las interconexiones siempre existentes entre la amplitud de sus ideas, su actuar en la vida y su incansable compromiso con una transformación radical de la realidad. Sólo así, afirma, es posible comprender la unidad y la coherencia que atraviesa todos los trabajos de Jean, así como la trascendencia que éstos adquieren ante los predicamentos que la crisis del presente nos obliga a enfrentar.

Para convencernos de ello, Esteva nos guía a través de unas derivas poco conocidas del pensamiento del autor, recuperando algunas contribuciones que éste hizo en la revista *El Gallo Ilustrado*. En particular, nos invita a revisar sus importantes reflexiones sobre el origen social del sexo, así como la lectura profunda y reveladora que Jean hizo del libro de Ludwik Fleck, *Génesis y desarrollo de un hecho científico: introducción a la teoría de los estilos de pensar y de los colectivos de pensamiento*. Una lectura que el autor elaboró a través de un texto largo, publicado en 5 partes, bajo el título de “Una epistemología para tiempos de crisis”, en el que, de la mano de Fleck, nos explica cómo ciertas “ideas científicas se transforman en certidumbres sobrecogedoras”, en verdades asumidas por la sociedad entera, que cierran la posibilidad de formular otras hipótesis científicas u otras lecturas de la realidad. Una reflexión hoy imprescindible ante los discursos hegemónicos sobre el Covid-19 y las vacunas.

Tristemente, mientras estábamos redactando la última versión de esta misma introducción, el amigo y compañero Gustavo Esteva nos dejó en este mundo, entregándose al misterio de la muerte. A

él y a sus seres queridos va nuestra sonrisa cómplice y una mirada de orgullosa ternura al saludar a una persona y a un intelectual comprometido, que, desde sus propios límites, ha entregado su vida al compromiso social y a la crítica radical de los proyectos necropolíticos de la modernidad capitalista. En el duelo, nos alegra poder publicar este texto de Esteva, tan querido por él, y a propósito del cual, en nuestra correspondencia nos compartía la importancia que para él tenía escribir para honrar la memoria de Robert. Que las y los amigos que parten sigan conversando juntos, alimentando el intelecto colectivo de esta humanidad sufriente, rebelde y viva que somos.

Al texto de Esteva, sigue un artículo de Humberto Beck, “Jean Robert: una poética del lugar”. El autor, cuyo texto hemos citado en las páginas anteriores, describe la obra de Robert como “una poética del lugar, del ser encarnado, del arraigo que se deriva de esas raíces móviles (‘bien plantadas, mas danzantes’) que son los pies”. Por sus temas y orientaciones, el pensamiento y el activismo de Jean Robert se pueden leer como una crítica radical del “desarrollo” construida a través de una reflexión continua sobre la dimensión ética y estética del caminar. Según Beck, de este gesto se puede dar una genealogía, de Baudelaire, a André Breton, de Louis Aragon, pasando por la re-significación del espacio público urbano de las insurrecciones, hasta la psicogeografía de Guy Debord, dice, pueden haber inspirado al “peatón” Jean Robert, y sus reflexiones sobre la exploración personal y social de la caminata, y sobre una filosofía del ser encarnado y del arraigo. Ofreciendo una lectura crítica dos textos fundamentales de la Obra de Robert, *La Trahison del opulence* (1976) y *Le temps qu'on nous vole: contre la société chronophage* (1980), el artículo concluye con la propuesta de leer la obra de Robert en el marco de la que Beck nombra “Escuela de Cuernavaca”; “escuela” que, nacida alrededor de la experiencia del CIDOC, ha generado una propia teoría crítica, proponiendo una reconstrucción convivencial de la sociedad.

En su artículo “Un compañero de viaje no ideológico: Jean Robert y el decrecimiento”, Marco De Riu, sociólogo italiano, exponente del movimiento del decrecimiento, plantea un diálogo muy

fértil entre la crítica de Jean Robert a la ley capitalista de la escasez y una multiplicidad de teóricos del decrecimiento que, al igual que Jean, se han empeñado en deconstruir radicalmente las bases imaginarias que fundamentan la economía moderna. A partir de dicho diálogo, rastrea los múltiples puntos de contacto entre el pensamiento de Jean Robert y el movimiento del decrecimiento, con la intención de recuperar las diversas aportaciones que Robert deja para las discusiones y las prácticas emancipadoras que se están impulsando desde este movimiento social, tanto en Italia como en otras realidades europeas. Entabla así un diálogo crítico y situado con temas neurálgicos de la obra de Jean, como la crítica al desvalor de la economía de mercado, la defensa de las economías de subsistencia, la centralidad de la idea de territorialidad y de la importancia de la idea de proporcionalidad para la crítica a la desmesura y al crecimiento ilimitado de la economía capitalista.

Por su parte, Paulino Alvarado, en su artículo “Potencia de los habitares”, hilvana con sensibilidad y agudeza múltiples derivaciones de la crítica que Jean Robert propuso a la heteronomía de la especialidad capitalista y al urbanismo hegemónico, recuperando a profundidad algunos ejes analíticos claves desarrollados por el autor a lo largo de su obra, tales como el destacamento perceptual del espacio en relación al tiempo acontecido a lo largo de la modernidad; la primacía de lo visual, la anulación de los otros sentidos y la creación de una realidad desencarnada; la desmesura de la espacialidad moderna, la ruptura de la proporcionalidad, la disolución de los lugares por el espacio abstracto y la erosión de la capacidad de habitar. Alvarado recupera estas vertientes del pensamiento de Jean para recordarnos que la crítica demoledora, que éste supo proponer a algunos axiomas de la modernidad, estuvo siempre dirigida a encontrar posibilidades de transformación en medio de los escombros de la larga y sostenida guerra contra la subsistencia, emprendida hace más de 500 años por la civilización moderna. Es por ello que define a Jean como un “innovador de las potencias vitales” y, desde esta mirada, dedica la segunda parte de su ensayo a recuperar las reflexiones del autor en torno a la libertad del habitar, a las formas

vernáculos de cultivar este antiguo arte humano y a las potencias inscritas en aquellos que Robert definió como “remanentes de lugaridad”. Siguiendo esta pista, nos recuerda también las reflexiones que el autor propuso en torno a la importancia de re-apropiarnos de una corporeidad –individual y colectiva– situada en un lugar concreto y la manera en que dichas reflexiones se corresponden con el tema de la territorialidad y de las potencias inscritas en aquellos movimientos sociales que han construido sus luchas desde un sentimiento de profundo arraigo y defensa de sus lugares.

Por último, Rodolfo Oliveros, en su texto “La sociedad urbana y los devoradores del tiempo. Un diálogo improbable entre Jean Robert y Henri Lefebvre”, elabora un entramado reflexivo tejiendo los puntos en común y la convergencia o divergencia en las miradas de ambos autores, a partir de sus hallazgos y reflexiones sobre el espacio y el tiempo de la modernidad. Vislumbrando el terreno compartido por Robert y Lefebvre en sus análisis espacio-temporales –la cotidianidad como sustrato y dimensión privilegiada de expresión y creación humanas–, Oliveros desarrolla su artículo imbricando las propuestas de los pensadores sobre las dinámicas de vida que, desde el hecho cotidiano, se despliegan con toda su profundidad histórica dentro de los mundos urbanos y ciudadanos contemporáneos.

El objetivo de su artículo es “pensar en las posibilidades de la *ciudad convivencial*” a partir de develar las formas de desarticulación y rearticulación instrumental entre espacio y tiempo, que caracterizan al capitalismo hodierno. Para lograrlo, decide entrelazar las miradas y conceptos de ambos autores, creando un mirador privilegiado que permite enriquecer nuestra comprensión de la experiencia cotidiana y traer a la luz la enajenación de la ciudad respecto a sus habitantes, pero también, enraizar las posibilidades para la creación de “espacios de esperanza donde otros tiempos, diversos, sean posibles y no excluyentes”. Hace esto último a partir de trenzar las nociones de *derecho a la ciudad* y *forma urbana convivencial*, con las de *reciprocidad*, *acontecimiento* y *discontinuidad temporal e histórica*. Un ensayo definitivamente sugerente.

La sección de la revista “Coyunturas políticas y luchas sociales” está dedicada a narrar algunos pasajes de la Gira por la Vida que zapatistas y miembros del CNI-CIG realizaron el año pasado por múltiples espacios de la Europa insumisa. “Una mirada cómplice a la Gira por la vida zapatista”, firmado por dos integrantes del Nodo solidale, Diego Ferraris y Viola Paolinelli, presenta una reflexión crítica de la nueva propuesta del EZLN y una narración de la Travesía zapatista, tal como fue vivida por activistas de un pequeño colectivo internacionalista. Estamos seguros de que Jean hubiera acompañado cada paso de la Gira con el mismo entusiasmo con el que siguió el largo caminar de los rebeldes zapatistas a lo largo de su vida.

En la sección “Teoría crítica”, decidimos volver a publicar dos maravillosos textos de Jean que mucho pueden alumbrar ante la crisis del presente.

En el primero, “Primacía de la percepción o apocalipsis científico” –publicado originalmente en el año 2000–, Jean Robert aborda un tema de suma actualidad: el cambio climático y los análisis que lo sustentan. Con su habitual humor satírico, nos llama a leer sus “reflexiones sobrias” como un remedio “para curar la cruda” moral de la sociedad industrial, que creó las ciencias del cambio climático encargadas de justificar su gatopardismo, prescribiendo paliativos a la catástrofe, sin criticar hasta sus últimas consecuencias a la lógica desmesurada del progreso y el crecimiento industrial que la provoca.

La crítica de Jean avanza hacia el cuestionamiento al razonamiento epistemológico de la edad contemporánea y su panacea: la Ciencia y la manera hegemónica de la relación entre conocimiento de la realidad, realidad en acto y forma del conocimiento y del conocer. La pregunta que subyace al texto es la siguiente: ¿es lícito seguir anteponiendo a la realidad en acto, un supuesto conocimiento de ésta (el Científico), aislado de la misma y que se presupone jerárquicamente superior a ella?

Frente a este fenómeno, Robert toma partido por la recuperación y afinación del conocimiento perceptual: la capacidad que nos hace sensibles a la “presencia mutua de mi cuerpo y del mundo pal-

pable”. De manera por demás profética, este texto de hace 20 años afirma que, bajo el modo de proceder científico de su momento, “la catástrofe climática sólo emergería como un hecho en simultaneidad con una verdadera mutación de la economía que ampliaría la experiencia de la escasez, base de la economía, en dimensiones hasta ahora inimaginables”. Con esta aseveración como punto de partida, decide esbozar el cuadro del “modelo de un orden económico correspondiente al nuevo orden climatológico”. Al hacerlo, formula una pregunta hoy urgente: ¿cómo distanciarnos de ello? La respuesta que nos propone es radical, profunda y humilde a la vez.

El segundo ensayo de Jean Robert se titula, en cambio, “Producción. Un hombre y un concepto”, y fue publicado originariamente en 1992. Partiendo de la aparente anacronía del orgulloso milpero Don Bartolo, de las evidencias de su atraso y su supuesto subdesarrollo, nuestro autor traza en el texto un camino dirigido a deconstruir tales evidencias y las falacias que le constituyen. Recorre este camino entrecruzando la crítica histórica a las nociones claves a través de las cuales la modernidad ha pretendido colonizar la otredad, tales como productividad, progreso y desarrollo, con reflexiones agudas a partir de los aprendizajes que el hacer de Don Bartolo ha sembrado en el autor.

Para construir su crítica, avanza primero sobre el concepto moderno de producción. Rastrea la raíz y genealogía de la palabra en la historia europea, para mostrar la ruptura radical que la modernidad ha marcado con el significado original de la palabra y su “destructividad inherente”. Considera a la acepción moderna “una ruptura consciente con el significado original”, que se constituye mediante un tendencial desgajamiento del ser humano respecto a la naturaleza, hasta que *el hombre* asume las características generativas que antes le fueron reconocidas al amplio mundo natural, para dar lugar a la *creación del valor*, ligada y dependiente tan solo de la economía mercantil y financiera. La génesis de este desgajamiento sería la misma que la del surgimiento del capitalismo, y de las nociones de desarrollo, *progreso* y *productividad*. El texto opone, ante esto, la persistencia de una economía moral que reconoce la justa

medida del ser humano en su lugar de vida y trata a la tierra como fuerza generativa, no como insumo; así como al trabajo como acto propiciatorio y no como proceso técnico y factor de producción. Lo hace a partir de aprender de la compenetración entre el terruño y el campesino, que llevaba a don Bartolo a hablar de la *enjungia* que requiere la interacción de quien se dedica a los frutos de la tierra. Lo hace también profundizando las agudas observaciones de Marx sobre el valor de uso y el valor de cambio, así como sobre la transformación socio-espacial que requieren los frutos del trabajo y el trabajo mismo para ser considerados como mercancía.

Finalmente, el ensayo de Jean Robert cierra con una aguda reflexión en torno a la *contra*productividad, el *desvalor*, la generación de escasez y la “destructividad inherente” al funcionamiento económico de la modernidad, que empobrecen y reducen toda la diversidad de la vida y relación de interdependencia a intercambios mercantil –financieros, con sus caudas de dependencias, desechos y devastaciones. De manera sagaz, nos alerta: “Cuando un líder latinoamericano o africano habla del desarrollo de las fuerzas productivas de su país, cree aludir a la realización de sus potencialidades, a su emergencia como un actor e interlocutor en el escenario político”. Nada más lejano de la realidad.

Por último, en la sección “Reseñas y testimonios”, se presentan dos de las obras más relevantes del trabajo de Robert: el libro *L'età dei sistemi nel pensiero dell'ultimo Illich* (*La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*, traducido por el mismo Robert al castellano pero todavía inédito), que se publicó en lengua italiana por la editorial Hermatena en noviembre de 2019, cuya reseña ha sido elaborada por Diego Ferraris; el libro *Los cronófagos. La era de los Transportes devoradores del tiempo*, reeditado en 2021 por la editorial mexicana Ítaca, del cual María del Carmen Bustos Garduño nos ofrece una lectura atenta desde su sensibilidad feminista. Las reseñas están acompañadas por el valioso testimonio de Aldo Zanchetta, amigo de Jean Robert, que compartió con él intensas y alegres conversaciones, proyectos editoriales y encuentros personales y convivales, tanto en Italia como en México.